

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Segreti”) Movilidad Social en la Antigüedad Tardía. La carrera de San Agustín.

Sánchez Vendramini, Darío (UNC - CONICET - Centro de Estudios Históricos . Carlos S. A.

Cita:

Sánchez Vendramini, Darío (UNC - CONICET - Centro de Estudios Históricos . Carlos S. A. (2009). *Segreti”) Movilidad Social en la Antigüedad Tardía. La carrera de San Agustín. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/376>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ehyf/T1E>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Movilidad Social en la Antigüedad Tardía. La carrera de San Agustín.

Dr. D. N. Sánchez Vendramini
Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”
CONICET

La existencia de grandes diferencias sociales caracterizó a todos los períodos de la historia romana. Todo parece indicar, sin embargo, que la estratificación alcanzó en la Antigüedad Tardía un nivel extremo, superior al de las épocas anteriores. La jerarquía se tornó más compleja, multiplicándose el número de los grupos y subgrupos de estatus en forma considerable. El reformado Estado romano tardío pretendió intervenir en el orden social para garantizar la permanencia de ciertas estructuras que servían a sus intereses. Resultado de este esfuerzo fue la gran masa de legislación que fijaba el carácter hereditario de la pertenencia a ciertos grupos, como los *coloni* y *curiales*, por mencionar sólo los ejemplos más destacados. De allí la visión tradicional del Imperio Romano Tardío como una “sociedad de castas”, presente todavía en las obras de A. Alföldi, M. Rostovzeff y A. H. M. Jones.¹ Las investigaciones de las últimas décadas han, sin embargo, relativizado esta caracterización de la estructura social tardoantigua.² La movilidad social era, en este período, una realidad inocultable, resultado muchas veces de la acción misma del Estado.

El Estado era, por ejemplo, el responsable de las dos vías de movilidad más importantes, la burocracia y el ejército. A éstas se sumaba la iglesia, que actuaba como un tercer canal ascendente significativo en este período.³ La existencia de un importante nivel de movilidad social a través de estas vías es indiscutible. Más problemático es, sin embargo, determinar los factores que permitían a algunos individuos aprovecharlas para alcanzar un estatus superior al de sus antepasados. La educación literaria constituía una condición casi imprescindible para una movilidad ascendente a través de todos estos canales y ha sido identificada como uno de los factores clave en muchos ejemplos de

¹ Véase por ej. A. H. M. Jones, “The Caste System in the Later Roman Empire”, *Eirene*, 8, 1970, pp. 79-96

² Véase A. Cameron, *The Mediterranean World in Late Antiquity 395-600*, Londres, Routledge, 1993, pp. 81-103 y A. Demandt, *Geschichte der Spätantike*, Munich, Beck, 1998, pp. 241-245.

³ Véase A. Marcone, *CAH*², vol. 13, pág. 365. Sobre la extracción social y carreras de los obispos del período véase C. Rapp, *Holy Bishops in Late Antiquity. The Nature of Christian Leadership in an Age of Transition*, Berkeley, 2005, pp. 172-207.

ascenso social acelerado de este período. En el ejército su papel podía ser menor que en la burocracia y la iglesia, pero aun allí constituía, seguramente, una ventaja.⁴

Más allá de estas amplias generalizaciones, el estudio del papel de la educación y la cultura literaria en la movilidad social de la Antigüedad tardía no ha sido profundizado. En las fuentes del período encontramos declaraciones frecuentes que conectan el éxito social con la educación y la actividad literaria de una manera con pocos paralelos en épocas anteriores. Uno de los ejemplos más claros es el siguiente pasaje de Aurelio Victor: *Quo bonis omnibus ac mihi fidendum magis, qui rure ortus tenui atque indocto patre in haec tempora vitam praestiti studiis tantis honestiorem.*⁵ Podemos encontrar declaraciones semejantes en las obras de Símaco y Ausonio, entre otros. ¿Señalan estos pasajes un cambio en las posibilidades de movilidad social abiertos por el acceso a la educación en la Antigüedad Tardía?

Indudablemente, la indagación de este problema se topa con el casi infranqueable problema de la cantidad y naturaleza de la información que brindan las fuentes. Conocemos las biografías de muchos individuos de este período, pero los datos disponibles son en la gran mayoría de los casos fragmentarios y ambiguos. Las carreras que conocemos mejor han, por otra parte, dejado más vestigios por ser excepcionales y es discutible en qué medida puedan ser la base para conclusiones de alcance general. Su estudio es, sin embargo, el punto de partida ineludible de todo análisis de los factores de movilidad social en la Antigüedad tardía.

Una de esas carreras excepcionales sobre las que estamos inusualmente bien informados -y en la que la educación posibilitó, aparentemente, un importante ascenso social- es la de Aurelius Augustinus, el vástago de una modesta familia curial de la ciudad de Tagaste en el África romana, quien llegaría a convertirse, primero, en un renombrado profesor de retórica en la corte imperial residente en Milán y, luego, tras una sorprendente conversión, en uno de los obispos y figuras intelectuales más distinguidas del cristianismo latino. Aproximarse a San Agustín desde la perspectiva de la historia social plantea un enorme desafío. Su figura se ha vuelto, en efecto, casi inconmensurable. El teólogo, el padre de la iglesia, el filósofo, el genial escritor de las confesiones son todos gigantes que hacen de Aurelius Augustinus, el hombre que vivió entre el 354 y el 430 d.C., un fantasma casi inasible. Como afirma James O'Donnell,

⁴ Sobre la importancia social de la educación en este período véase R. Criore, "The Value of a Good Education: Libanius and Public Authority" en: Ph. Rousseau (ed.), *The Blackwell Companion to Late Antiquity*, Oxford, Blackwell, 2009, pp. 233-245.

⁵ De Caesaribus, 20.5.5.

existen, por lo menos, dos Agustines. Uno, es el hombre de los siglos IV y V de nuestra era, el otro es el que sigue vivo y se renueva constantemente como influencia perenne sobre la tradición del pensamiento occidental. Separar uno del otro no es tarea sencilla. Por otra parte, el enorme volumen de los estudios agustinianos plantea una dificultad adicional. San Agustín constituye, de hecho, por sí mismo, un campo de estudio independiente, con una bibliografía inabarcable.

El estudio de la biografía de San Agustín plantea desafíos singulares en comparación con el de aquéllas de sus contemporáneos. El problema no es aquí la escasez, sino por el contrario, la abundancia de información. Contamos con una colección de fuentes de singular riqueza sobre su vida: Cerca de 300 cartas de su autoría y de sus corresponsales, una enorme colección de escritos teológicos y sermones, y también una extensa y peculiar obra de contenido preponderantemente autobiográfico, las *Confesiones*. A todo ello se suma la biografía escrita por su discípulo Posidio poco después de la muerte de su maestro. San Agustín es, de hecho, una de las personalidades que con mayor detalle podemos conocer de toda la Antigüedad, comparable, en este aspecto, sólo con Cicerón. Por supuesto, el hecho de que la mayor parte de esta información provenga directa o indirectamente del mismo Agustín hace necesarios, como señala J. O'Donnell, importantes recaudos críticos en el manejo de la misma, especialmente en lo que se refiere a su juventud, que conocemos a través de la reinterpretación crítica que de la misma hace un Agustín ya convertido al cristianismo.

En el presente trabajo se ofrece una reevaluación de la evidencia y de las principales interpretaciones ofrecidas en la historiografía, centrando la atención, especialmente, en el papel de la cultura literaria en el éxito de Agustín. El foco se concentra en su carrera antes de su conversión al cristianismo e integración a la jerarquía eclesiástica como obispo.

San Agustín nació, como ya hemos dicho, en la ciudad de Tagaste, un pequeño y poco importante centro urbano en la Numidia septentrional, en el seno de una familia perteneciente a la dignidad curial pero relativamente empobrecida. Agustín califica a su padre, Patricio, como *tenuis municeps*, indicando lo modesto de sus medios.⁶ Por supuesto, como señala con razón Brent Shaw, la “pobreza” de la familia de Agustín debe ser considerada en perspectiva.⁷ La misma pertenecía a la elite local y se ubicaba

⁶ Conf. 2.3.5. Véase también el análisis de J. O'Donnell, ad Loc.

⁷ B. Shaw, “The Family in Late Antiquity. The Experience of Augustine”, P&P 115, 1987, pp. 8-10.

dentro del grupo de los *honestiores*, lo que le garantizaba importantes privilegios.⁸ Patricio era un pagano de fuerte temperamento, convencido de la importancia de que su hijo recibiera una educación esmerada que le abriera las puertas del ascenso social. Su madre, Mónica, era una cristiana devota y piadosa, con una personalidad impactante que ejercería gran influencia sobre Agustín durante su vida. También ella estaba convencida de la importancia de que su hijo se educara.

Agustín cursó sus primeros estudios en Tagaste pero pronto se trasladó a la cercana ciudad de Madaura -un centro educativo de mucha mayor importancia que su pequeña ciudad natal- para profundizarlos. Tras tan sólo un año en esta ciudad, Agustín debió interrumpir sus lecciones para regresar a Tagaste por otro año, pero éste de inactividad forzada mientras su padre reunía los recursos necesarios para la continuación de sus estudios.⁹ Para Brent Shaw, las dificultades del padre de Agustín para financiar la formación de su hijo serían sólo el resultado de problemas de liquidez típicos en la economía antigua aun para terratenientes acomodados. Pero esta interpretación contradice afirmaciones expresas de Agustín, como cuando, por ej., en las Confesiones declara que su padre era elogiado por todos por dedicar más recursos de lo que su patrimonio permitía para la educación de su hijo.¹⁰

El gran esfuerzo económico realizado pone claramente en evidencia la importancia colocada en la educación de Agustín, el único de los hijos de Patricio y Mónica que tendría acceso a una formación retórica completa. Es evidente que ese esfuerzo se consideraba como una inversión que podía asegurar el éxito de la familia en la próxima generación. Recordemos que en este período el Estado romano ejercía una fuerte presión para garantizar el carácter hereditario de la pertenencia a los órdenes curiales de las ciudades del imperio como mecanismo para asegurar su base fiscal. El mejor escape ante esa presión era la integración en la misma burocracia estatal y una de las vías principales para ingresar a la misma era la actividad forense, uno de los objetivos a que apuntaba la formación retórica brindada a Agustín.

Tras esa forzosa interrupción de un año, Agustín reanudará sus estudios en la universitaria ciudad de Cartago, la metrópolis provincial, a partir del año 371. Este cambio de escenario significaba, ciertamente, un mayor esfuerzo económico y señala un redoblamiento de la apuesta hecha por su familia. Poco después de que Agustín

⁸ Véase Possidius, *Vita Aug.*, 1.

⁹ conf. 2.3.5.

¹⁰ *ibid.*: *quis enim non extollebat laudibus tunc hominem, patrem meum, quod ultra vires rei familiaris suae impenderet filio quidquid etiam longe peregrinanti studiorum causa opus esset?*

comenzara sus estudios en su nuevo destino, se produjo la muerte de su padre, suceso que recibe apenas una pasajera mención en las *Confesiones*. Otra breve alusión en esta obra nos indica que su madre se hizo cargo de la propiedad paterna y continuó financiando sus estudios.¹¹ Pero un extenso pasaje en otra de sus obras, *Contra Academicos*, nos presenta un panorama distinto, revelando la importante contribución de un rico amigo - patrón de Agustín. Se trata de Romaniano, un decurión de Tagaste con extensas propiedades rurales, quien ayudó a Agustín con fondos para sus estudios y permitiéndole residir en una vivienda de su propiedad en Cartago.¹²

Romaniano es la figura más distinguida de todo un círculo de cercanos amigos que se mantendrían en torno a Agustín durante toda su vida, y lo ayudarían en sus proyectos y su carrera.¹³ Nebridio y Alipio son las otras dos figuras que se destacan por la estrechez de su amistad con Agustín y por la influencia que ejercerían sobre su persona. Las relaciones y recursos que Agustín podría movilizar a través de esta verdadera “red” de amigos jugaría un papel clave en algunos de los éxitos más importantes de su juventud. La mayoría de sus amigos acompañarían incluso a Agustín en sus diversas conversiones. La primera de ellas tendría lugar en el ferviente ambiente intelectual de la capital provincial y sería generada por el profundo impacto que en el joven estudiante ocasionaría la lectura del diálogo *Hortensius*, de Cicerón, obra que desgraciadamente se ha perdido para nosotros. Inspirado por este texto, un Agustín de todavía tan sólo 19 años decidiría dedicar su vida a la búsqueda de la sabiduría.¹⁴

No debe sorprendernos que, condicionado por la formación recibida desde la infancia por su madre cristiana y, también, por la influencia del cristianismo en el África romana del siglo IV, Agustín emprendiera la búsqueda de esa sabiduría en la Biblia cristiana. Pero tampoco debe sorprendernos que, dado el género de formación literaria que había recibido, apenas se acercase a ésta, lo tosco de su estilo (se trataba de una traducción al latín hecha en África sobre la base del original griego), la simplicidad de sus temáticas y contenidos, generase un rápido rechazo en el joven retórico.

Al no encontrar el preciado tesoro en el cristianismo católico, Agustín se abrió a nuevas experiencias intelectuales y religiosas, de las que la populosa y cosmopolita Cartago ofrecía innumerable y continua oferta. Sería así como se acercaría

¹¹ conf. 3.4.7: *quod videbar emere maternis mercedibus* (en referencia a sus estudios).

¹² *Contra Acad.* 2.2.3: *Tu me adolescentulum pauperem ad peregrina studia pergentem, et domo et sumptu, et, quod plus est, animo excepisti.*

¹³ Véase al respecto P. Brown, *Augustine of Hippo*, Berkeley, 1967, pp. 61-64 y

¹⁴ *Conf.*, III, iv.

y adheriría al maniqueísmo, la iglesia establecida por Mani en Persia en la segunda mitad del siglo III. Agustín se sintió atraído por el misterio que rodeaba el saber de los discípulos de la secta, y por la habilidad discursiva e intelectual que éstos demostraban, especialmente atractiva para un joven estudiante como él. Radicalmente convertido por las enseñanzas de su nueva fe, Agustín colocó su habilidad y talento a su favor, modificando los planes de toda su vida, dejando completamente de lado el objetivo de llegar a abogado (la que había sido la intención de su padre), y decidiendo convertirse en un austero profesor, totalmente abocado a la búsqueda de la sabiduría a través de su nueva fe.

Al finalizar sus estudios Agustín regresa a Tagaste para desempeñarse como profesor. Pero tras sólo un año, en el 376 d.C., retorna al más estimulante ambiente intelectual de Cartago. Si bien Agustín se desempeñará allí como profesor de retórica, es posible reconocer ya un cierto distanciamiento del objetivo, que se había impuesto bajo la influencia de los ideales de austeridad de maniqueísmo, de dedicarse exclusivamente a la docencia. Unos años más tarde, en el 380 d.C., escribe su primera obra, *De Pulchro et Apto*, un tratado acerca de lo bello y lo adecuado, que se ha perdido. Agustín la dedicará al, por aquel entonces, más distinguido orador de Roma, Hierius, a quien no conocía personalmente. Esa dedicación revela que el interés de Agustín por establecer contactos en Roma data de unos años antes de su partida hacia la capital imperial. Cartago será, de hecho, para Agustín el trampolín para ese traslado hacia el centro del imperio.

Es en este período que Agustín comienza a chocar contra las rigidez y simplicidad de la visión absolutamente dualista del universo que tenían los maniqueos; para ella todos los fenómenos del mundo físico y del espiritual quedaban reducidos a la eterna lucha entre los principios antagónicos del bien y el mal, la luz y la oscuridad. Agustín se sentía reacio a adherir a las interpretaciones absolutamente literales que los sectores más fanáticos de la secta hacían de sus textos religiosos. Comienza así un gradual distanciamiento y una búsqueda de nuevos horizontes y actividades.

En la capital provincial, Agustín comenzará a destacarse ahora también por sus dotes poéticas, las que le permiten ganar un importante concurso de poesía y conocer y trabar amistad con el procónsul de África Vindicianus, de cuyo círculo pasa a formar parte. Vindicianus es un hombre educado y con conocimientos de medicina, con quien Agustín comparte en largas veladas la devoción por los clásicos. El reconocimiento de su capacidad retórica y los importantes contactos sociales que entonces establece,

facilitados en muchos casos por su círculo de amigos y, también, por sus correligionarios maniqueos, le prometen a Agustín un futuro brillante más allá del limitado ámbito de Cartago, tal vez el acceso a un puesto en la administración imperial.

Será con esta ambición con la que partirá hacia Roma en el año 383. Una vez más, los contactos para desempeñarse con éxito en la capital imperial han provenido de sus amigos y correligionarios. Alipio le precedió en su partida al establecerse como abogado en Roma y facilitó, indudablemente, su ingreso en muchos círculos sociales de esa ciudad. Su experiencia docente en la Meca de la latinidad se revelaría, sin embargo, como un fracaso, sobre el cual el futuro padre de la iglesia nos ha dejado un memorable retrato, no privado de ironía, en sus Confesiones. Pese a estos problemas, al aproximarse al final de su estadía, el desilusionado Agustín dará un paso muy importante al lograr el ingreso al prestigioso círculo intelectual agrupado en torno al senador ultrapagano Símaco, Prefecto de Roma e importantísimo mecenas del arte y la filosofía. Será la recomendación de Símaco la que conseguirá para Agustín el destacado puesto de profesor de retórica en Milán, la sede de la corte imperial. Semejante posición le habría las puertas a una brillante carrera que seguramente lo llevaría a altos puestos oficiales y a amplias riquezas.

En el 384 Agustín viaja a Milán y asume su nuevo cargo que lo liga a la corte del emperador niño Valentiniano II. Marcha a su nuevo y brillante destino cada vez más en crisis respecto de su fe en el maniqueísmo, y cada vez más abierto a nuevas influencias en su búsqueda de la sabiduría. En Milán encontrará dos de carácter decisivo, el obispo de la ciudad, Ambrosio, y la filosofía neoplatónica. Tras su llegada a la corte, la perspectiva de cerrar una ventajosa alianza matrimonial con alguna familia del entorno imperial, lleva a Agustín a distanciarse de su concubina y madre de su hijo Adeodato. Las posibilidades de ascenso social serían todavía acrecentadas por una conversión al cristianismo. La influencia indirecta de Ambrosio empieza a obrar en Agustín y lo acerca al catolicismo, y bajo la presión de su madre (que se ha reunido con él en el año 385) y del ambiente de la corte, acepta en convertirse en catecumen cristiano. Si bien todavía no se ha producido su conversión completa, Agustín ya está claramente definido hacia el terreno del catolicismo.

En el año 386 se produjo finalmente el acercamiento definitivo de Agustín al catolicismo que las influencias de San Ambrosio y del neoplatonismo ya insinuaban. El último y decisivo impulso le vino de la lectura de los escritos de San Pablo y del

conocimiento por Agustín de los hechos de la vida San Antonio¹⁵, el monje egipcio que había fundado los monasterios del desierto y que había vivido en ellos con sus pares, en total desprecio de los bienes materiales, una vida de profundo ascetismo. La conversión de Agustín impuso, a partir de ese momento, un cambio radical en las perspectivas de su carrera, renunciando él al objetivo de llegar a ser gobernador de una provincia y de casarse con una heredera de una rica y distinguida familia. Todo ello no significaría, sin embargo, una renuncia a las ambiciones de distinción y ascenso social. Las mismas se canalizarían, en formas diferentes, en la carrera eclesiástica de Agustín. Los mecanismos que operarían en su nuevo ámbito de desempeño serían, sin embargo, similares. Los escritos del período de su conversión están, por ejemplo, dedicados a prominentes figuras de filiación cristiana, valiosos contactos, sin duda, en el nuevo ámbito en que Agustín se desenvolvería.

Conclusión

Tradicionalmente, se ha visto a la carrera de Agustín hasta su conversión como una prueba de la importancia de la educación y la cultura literaria como factores clave en la movilidad social del período. Pero un análisis detenido de la trayectoria de ascenso social recorrida por Agustín lleva, en cierta medida, a relativizar esa afirmación. Sin duda, el dominio de la tradición literaria era un requisito ineludible para cualquier individuo que quisiera desenvolverse en la elite senatorial y burocrática del imperio.¹⁶ El prestigio de la cultura literaria no significaba, sin embargo, un ascenso social inmediato para todos aquellos que la dominaran. En el caso aquí analizado de la carrera del joven Agustín, la red de relaciones sociales obtenida a través de sus amigos y también, en menor medida, de sus correligionarios maniqueos jugó un papel de igual o mayor importancia que su acceso a la educación. Su éxito no derivó directamente de su desempeño como profesor de retórica, sino que, por el contrario, su mismo acceso a esa formación fue hecho posible por los recursos movilizados a través de esa red. Es claro, por otra parte, que el puesto de profesor de retórica en Milán no era tan importante en sí mismo, sino sólo como un medio para establecer relaciones en el ambiente de la corte.

¹⁵ Véase *Conf.*, VIII, vi – xii.

¹⁶ Véase por ej. *Amm.* 14.6.1.

Su ascenso social hubiera sido consolidado sólo mediante una alianza matrimonial en ese ambiente.

El ingreso en la burocracia era un objetivo central para los miembros de las aristocracias municipales de todo el imperio. La misma garantizaba inmunidades impositivas, privilegios legales y abundantes recompensas económicas. Una educación literaria era un requisito de ingreso a la burocracia, pero no una condición suficiente para el mismo. El papel clave era el de las relaciones sociales del aspirante. El estudio de otras carreras del mismo período sobre las que estamos relativamente bien informados demuestra que el papel central de las relaciones sociales por sobre la educación no es una particularidad de la biografía de Agustín. Como ejemplos destacados pueden mencionarse las carreras de Aurelio Victor, Ausonio y de los profesores de Burdeos que conocemos a través de la obra de este último. Las comparaciones refuerzan estas conclusiones. En todos los casos mencionados el ingreso a la elite se produjo mediante el matrimonio con linajes establecidos o mediante el servicio al Estado. La educación y la cultura literaria fueron importantes puntos de partida en todos los casos, pero no los factores determinantes de su ascenso social.